

CILAMPA

Publicación de la Escuela de Literatura y Ciencias del
Lenguaje.
Universidad Nacional

Redactores: Flora Eugenia Ovarés, Sonia Marta Mora,
Carlos Francisco Monge y Juan Durán Luzio.

Nº 4 (Mayo, 1984) Heredia, Costa Rica

PRESENTACIÓN



El presente número se ha destinado a Julio Cortázar, como un homenaje a su obra, y con motivo de su reciente desaparición. Como en los anteriores, el conjunto de artículos y reflexiones que se ofrecen en éste, busca dar algunas luces y posibilidades de estudio en torno a obras y autores de particular importancia. Se incluye una nueva sección con el testimo-

nio escrito del propio escritor, no solo por su valor didáctico, sino también porque estimamos que junto al grupo de textos que giran alrededor de una obra literaria también debe mostrarse la palabra misma de quien la ha producido. El ejemplo de Cortázar, al respecto, es singular, y si una de sus preocupaciones centrales fue el destino y sentido de la literatura hispanoamericana, la oportunidad de ofrecer una pequeña muestra de ello nos ha resultado insoslayable.

El estudio de la literatura hispanoamericana, que ha sido asunto central de la Escuela, es una consecuencia natural de las necesidades académicas de quienes en su ejercicio profesional requieren el estudio de nuestra realidad histórica. Por ello, entre las actividades del programa "Interacción con los profesores de Español y Literatura Universal de Enseñanza Media" se realizó el seminario en torno a la obra de otro hispanoamericano, Juan Rulfo, llevado a cabo en el Campus Omar Dengo recientemente. Como parte de esos mismos planes, se ha programado un seminario análogo, en el área de la lingüística, para el segundo semestre de este año.

Entre los esfuerzos de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje por extender sus actividades académicas a una amplia área geográfica está en operación el Plan regional de Bachillerato en Literatura y Lingüística en Español; se realizó por primera vez en 1983 en Liberia, y el presente año está en ejecución en Pérez Zeledón. Programas similares, en las áreas de inglés y francés son proyectos que habrán de ponerse en práctica a corto plazo.

En modo alguno el grupo de redactores de este fascículo quieren perder de vista el propósito central de él: servir de vaso comunicante entre las

DIRECCION POSTAL:

*Boletín Cilampa
Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje
Universidad Nacional
Apartado 86, Heredia*

condiciones específicas en que laboran los profesionales en nuestras áreas de conocimiento y las posibilidades de acción académica y técnica que tiene la Universidad Nacional. Alrededor de ese principio los próximos números se ocuparán de la problemática de la enseñanza de segundas lenguas, con singular énfasis en el inglés y en el francés. Quisiéramos una vez más recordar a todos nuestros lectores que éste es apenas un instrumento de acción. Nuestro interés básico es fomentar el enriquecimiento académico de los profesionales en ejercicio y solo la reciprocidad y el diálogo pueden hacer posible ese designio.

Carlos Francisco Monge
Director
Escuela de Literatura y Ciencias
del Lenguaje



TESTIMONIOS

REALIDAD Y LITERATURA EN AMÉRICA LATINA

Julio Cortázar

Aproximar los términos de realidad y de literatura, ya sea en el contexto de América Latina o de cualquier otra región cultural del mundo, puede parecer inútil a primera vista. La literatura es siempre una expresión de la realidad, por más imaginaria que sea; el solo hecho de que cada obra esté escrita en un idioma determinado la coloca de entrada y automáticamente en un contexto preciso a la vez que la separa de otras zonas culturales, y tanto el tema como las ideas y los sentimientos del autor contribuyen a localizar aun más este contacto inevitable entre la obra escrita y su realidad circundante. Pero ocurre, sin embargo, que los lectores de literatura —y por supuesto me refiero aquí a la literatura de invención y de ficción, como la novela o el cuento— tendemos muchas veces a tomar los libros como quien admira o huele una flor sin preocuparse demasiado de la planta de la cual ha sido cortada. Incluso si nos preocupamos por la biografía del autor y nos interesamos por el tema del libro como reflejo de un medio ambiente determinado, el acento se apoya sobre todo en el interés de lo que se nos cuenta y el estilo con el cual nos es contado, es decir, en sus rasgos específicamente literarios.

Esto es perfectamente legítimo puesto que en general los lectores abren un libro para leer su contenido y no para tratar de adivinar lo que ocurrió en torno al libro antes de que su autor lo escribiera o mientras lo estaba escribiendo. Pero los problemas son otros en el caso de este tipo de lector que no solamente explora el contenido de un libro sino que parte de los libros o llega a ellos para plantearse diversas cuestiones que lo preocupan, y ese tipo de lector es cada vez más frecuente en nuestros países. Vivimos en una época en que los medios de información y comunicación nos proyectan continuamente más

allá de los hechos en sí mismos para situarnos en una estructura más compleja, más variada y más digna de nuestras posibilidades actuales de cultura. Abrir un periódico o la pantalla de la televisión significa entrar en dimensiones que se expanden en diagonal iluminando sucesivamente diferentes zonas de la actualidad para que cada hecho aparentemente aislado sea visto como un elemento dentro de una estructura infinitamente rica y variada; esto es evidente en materia de política mundial, de economía, de relaciones internacionales y de tecnologías. ¿Por qué habría de escapar la literatura a esta necesidad muchas veces patética, puesto que es imposible satisfacerla plenamente, de abarcar no solamente los hechos sino sus interrelaciones? El libro que llega hoy a mis manos nació hace seis años en Guatemala o en Perú. Es obvio que puedo leerlo sin preocuparme por las circunstancias que lo motivaron o lo condicionaron, pero también es obvio que cada vez hay más lectores para quienes, si bien una obra literaria es un hecho estético que se basta a sí misma, representa al mismo tiempo una emanación de fuerzas, tensiones y situaciones que la llevaron a ser como es y no de otra manera. Este tipo de lector, a la vez que goza como cualquier otro con la belleza o la intensidad o la gracia de una novela o de un cuento, va hacia la literatura con una actitud interrogante; para él los libros que escribimos son siempre literatura, pero además son proyecciones *suigeneris* de la historia, son como las flores de una planta que no puede ser ignorada puesto que esa planta se llama tierra, nación, pueblo, razón de ser y destino.

Es así como a lo largo de las últimas décadas la noción de literatura ha asumido un matiz diferente tanto para la mayoría de los autores como de los lectores latinoamericanos. Para empezar, en esas décadas se ha producido la gran eclosión de una literatura resueltamente orientada hacia una búsqueda de nuevas raíces auténticas y de nuestra verdadera identidad en todos los planos, desde el económico hasta el político y el cultural. Si la ficción sigue siendo ficción, si las novelas y los cuentos continúan dándonos universos más o menos imaginarios como corresponde a esos géneros, es más que evidente que en la segunda mitad del siglo los escritores latinoamericanos han entrado en una madurez histórica que antes sólo se daba excepcionalmente. En

vez de imitar modelos extranjeros, en vez de basarse en estéticas o en "ismos" importados, los mejores de entre ellos han ido despertando poco a poco a la conciencia de que la realidad que los rodeaba era su realidad, y que esa realidad seguía estando en gran parte virgen de toda indagación, de toda exploración por las vías creadoras de la lengua y la escritura, de la poesía y la invención ficcional. Sin aislarse, abiertos a la cultura del mundo, empezaron a mirar en torno más que del otro lado de las fronteras, y comprendieron con pavor y maravilla que mucho de lo nuestro que era todavía nuestro porque no había sido realmente asumido, recreado o explicado por las vías de la palabra escrita. Quizá uno de los ejemplos más admirables lo haya dado en este campo la poesía de Pablo Neruda cuando después de un comienzo semejante al de tantos otros poetas de su época, inicia una lenta, obstinada, obsesionante exploración de lo que lo rodeaba geográficamente —el mar, las piedras, los árboles, los sonidos, las nubes, los vientos—. Y de ahí, avanzando paso a paso como el naturalista que estudia el paisaje y sus criaturas, la visión poética de Neruda ingresa en los hombres, en el pueblo tan ignorado por la poesía llamada culta, en su historia desde antes de la conquista española, todo lo que dará el paso prodigioso que va de Residencia en la tierra al Canto general.

Paralelamente a este avance de la poesía en una realidad casi siempre sustituida hasta entonces por nostalgias de lo extranjero o conceptos estereotipados, los novelistas y los cuentistas cumplieron derroteros similares, y podría decirse que el conjunto de los mejores libros en esta segunda mitad del siglo es como un gran inventario de la realidad latinoamericana, que abarca desde los conflictos históricos y geopolíticos hasta los procesos sociológicos, la evolución de las costumbres y los sentimientos, y la búsqueda de respuestas válidas a las grandes preguntas conscientes o inconscientes de nuestros pueblos: ¿Qué somos, quiénes somos, hacia dónde vamos?

Siempre he pensado que la literatura no nació para dar respuesta, tarea que constituye la finalidad específica de la ciencia y la filosofía, sino más bien para hacer preguntas para inquietar,

para abrir la inteligencia y la sensibilidad a nuevas perspectivas de lo real. Pero toda pregunta de ese tipo es siempre más que una pregunta, está probando una carencia, una ansiedad de llenar un hueco intelectual o psicológico, y hay muchas veces en que el hecho de encontrar una respuesta es menos importante que el haber sido capaz de vivir a fondo la pregunta, de avanzar ansiosamente por las pistas que tiende a abrir en nosotros. Desde ese punto de vista la literatura latinoamericana actual es la más formidable preguntona de que tengamos memoria entre nosotros; y ustedes, los lectores jóvenes, lo saben bien y si asisten a conferencias y lecturas literarias es para hacer preguntas a los autores en vez de solamente escucharlos como las generaciones anteriores escuchaban a sus maestros.

Leer un libro latinoamericano es casi siempre entrar en un terreno de ansiedad interior, de expectativa y a veces de frustración frente a tantos interrogantes explícitos o tácitos. Todo nos salta a la cara y muchas veces quisiéramos pasar al otro lado de las páginas impresas para estar más cerca de lo que el autor buscó decirnos o mostrarnos. En todo caso ésa es mi reacción personal cuando leo a García Márquez, a Vargas Llosa, a Lezama Lima, a Fuentes, a Rosa Bastos, y conste que sólo cito nombres mayores sobre los cuales todos podemos entendernos, pero mi reacción es la misma frente a novelas, cuentos o poemas de escritores más jóvenes y menos conocidos, que por suerte abunda en nuestros países.

Si los lectores que viven lejos de América Latina comparten cada vez más este deseo de valerse de nuestra literatura como una de las posibilidades de conocernos mejor en muy diversos planos, fácil les será imaginar hasta qué punto los lectores latinoamericanos, en cuya propia casa nacen todos estos libros, estarán ansiosos de interrogar y de interrogarse. Es aquí que una nueva noción, y yo diría un nuevo sentimiento de la realidad se abre paso en el campo literario, tanto del lado de los escritores en el espejo de la palabra escrita y establece un maravilloso, infinito puente entre ambos lados. El producto de este contacto cada día más profundo y crítico de lo literario con lo real, del libro con el contexto en que es imaginado y llevado a

término, está teniendo consecuencias de una extraordinaria importancia en ese plano que, sin dejar de ser cultural e incluso lúdico, participa cada vez con mayor responsabilidad en los procesos geopolíticos de nuestros pueblos. Dicho de otra manera, si en otro tiempo la literatura representaba de algún modo unas vacaciones que el lector se concedía en su cotidianeidad real, hoy en día en América Latina es una manera directa de explorar lo que nos ocurre, interrogarnos sobre las causas por las cuales nos ocurre, y muchas veces encontrar caminos que nos ayuden a seguir adelante cuando nos sentimos frenados por circunstancias o factores negativos.

Hubo una larga época en nuestros países en que ser político era algo así como una profesión exclusiva que pocas veces hubiera tentado a un escritor literario, que prefería delegar los problemas históricos o sociales en esos profesionales y mantenerse en su universo eminentemente estético y espiritual. Pero esta distribución de tareas ha cambiado en estas últimas décadas, muy especialmente en los países latinoamericanos, y eso se advierte sobre todo en el nivel de la juventud. Ustedes, al igual que los jóvenes argentinos o mexicanos o nicaragüenses, se muestran cada vez más despiertos y más conscientes en materia geopolítica, y no necesito darles ejemplos que todos tienen en la memoria y que forman parte de su programa de reflexión y de acción. Por eso habrían comprendido sin esfuerzo que ya no haya titulado esta charla. "Realidad y Literatura" en vez de "Literatura y realidad", como sin duda lo hubiera hecho un conferenciante de comienzos de siglo. Cada vez que me toca hablar ante estudiantes universitarios o jóvenes en general, sea aquí o en México o en Costa Rica, sus preguntas sobre lo que podríamos llamar literatura pura se ven siempre desbordadas por las que me hacen sobre cuestiones tales como el llamado compromiso del escritor, los problemas intelectuales en los países sometidos a regímenes dictadores, y otras preocupaciones en las cuales el hecho de escribir y sus resultados en la letra impresa casi siempre vistos dentro de un contexto que los procede y los desborda. Podemos decirlo sin ironía ni falta de respeto: para hablar únicamente de literatura latinoamericana hay que crear hoy un ambiente bastante parecido al de una sala de operacio-

nes, con especialistas que sólo miran al paciente tendido en la camilla, y ese paciente se llama novela o cuento o poema. Con toda honradez declaro que las pocas veces en que me ha tocado estar en esos quirófanos de la crítica literaria, he salido a la calle con un enorme deseo de beber vino en un bar y mirar a las muchachas en los autobuses. Y cada día que pasa me parece más lógico y más necesario que vayamos a la literatura —seamos autores o lectores— como se va a los encuentros más esenciales de la existencia, como se va al amor y a veces a la muerte, sabiendo que forma parte indisoluble de un todo, y que un libro empieza y termina mucho antes y mucho después de su primera y última palabra.

Nuestra realidad latinoamericana, sobre la cual se ha ido creando cada vez más nuestra literatura actual, es una realidad casi siempre convulsa y atormentada, que con pocas y hermosas excepciones supone un máximo de factores negativos, de situaciones de opresión y de oprobio, de injusticia y de crueldad, de sometimiento de pueblos enteros a fuerzas implacables que los mantienen en el analfabetismo, en el atraso económico y político. Estoy hablando de procesos más que conocidos, en los que las minorías dominantes, con una permanente complicidad de intereses que, como bien lo saben los Estados Unidos, encuentran en nuestros países el terreno ideal para su expansión imperialista, persisten en aplastar a los muchos en provecho de los pocos. Es en ese dominio manchado de sangre, de torturas, de cárceles, de demagogias envilecedoras, que nuestra literatura libra sus batallas como en otros terrenos las libran los políticos visionarios y los militantes que tantas veces dan sus vidas por una causa que para muchos parecería utópica y que sin embargo no lo es, como acaba de demostrarlo con un ejemplo admirable ese pequeño pueblo inquebrantable que es el pueblo de Nicaragua, y como está ocurriendo en este momento en El Salvador y continuará mañana en otros países de nuestro continente.

Por eso hay que subrayarlo: si es afortunadamente cierto que hay países latinoamericanos en los cuales la literatura puede no solamente darse en un clima de mayor libertad sino incluso

apoyar resueltamente las mejores líneas conductoras de sus gobernantes, hay en cambio otros en los que la literatura es como cuando alguien canta en una celda, rodeado de odio y de desconfianza. Cada vez que un lector abre uno de los libros escritos y editados en uno de esos países donde el pensamiento crítico y hasta la mera imaginación son vistos como un crimen, debería leerlo como si recibiera el mensaje de una de esas botellas que legendariamente se echaban al mar para que llevaran lo más lejos posible un mensaje o una esperanza. Si la literatura contiene la realidad, hay realidades que hacen todo lo posible por expulsar la literatura; y es entonces que ella, lo mejor de ella, la que no es cómplice o escriba o beneficiaria de ese estado de cosas, recoge el desafío y denuncia esa realidad al describirla, y su mensaje termina siempre por llegar a destino; las botellas son recogidas y abiertas por lectores que no solamente comprenderán sino que tomarán posición, harán de esa literatura algo más que un placer estético o una hora de descanso.

A esta altura creo que un viaje que podemos hacer todos nosotros en lo concreto valdrá más que seguir acumulando ideas generales. Cabría, por ejemplo, concentrar el título de esta charla y llamarla "Realidad y literatura en la Argentina", sin olvidar que esta particularización admite por desgracia una gran cantidad de extrapolaciones igualmente válidas en diversos países de América Latina, para empezar los vecinos del mío en eso que se da en llamar el Cono Sur, es decir, Chile, Uruguay y Paraguay. Mi país, desde el punto de vista de la realidad histórica, ofrece hoy una imagen tan ambigua que, en manos de los profesionales de la política y de la información al servicio de las peores causas, es mostrada con frecuencia como un ejemplo positivo que muchas veces puede engañar a cualquiera que no conozca las cosas desde más cerca y desde más hondo.

Voy a resumir muy brevemente esa realidad. Después de un período turbulento y confuso, en el que la actual junta militar desató una represión implacable contra diversas tendencias revolucionarias nacidas de la época igualmente confusa del peronismo, se ha entrado en una etapa de calma superficial, en la cual se está asentando y consolidando un plan económico que

suele ser presentado con la etiqueta de "modelo argentino". Frente a las espectaculares realizaciones de este modelo, no solamente muchos argentinos mal informados o dispuestos a aprovechar de la situación, sino también una parte considerable de la opinión pública internacional, consideran que se ha entrado en un período positivo y estable de la vida material e institucional del país. Por un lado, comisiones investigadoras como la de la Organización de los Estados Americanos han comprobado el terrible panorama que presenta una nación en la que solamente las personas desaparecidas alcanzan a quince mil, y en la que desde hace más de cinco años toda oposición teórica o activa ha sido aplastada en condiciones de violencia y salvajismo que van más allá de cualquier imaginación. Por otro lado, cumplida esta liquidación masiva de los opositores, con cientos de miles de argentinos exiliados en Europa y en el resto de América Latina, y una incontable cantidad de muertos, desaparecidos y encarcelados, el aparato del poder ha puesto en marcha el llamado "modelo argentino" que simbólicamente e irónicamente comienza con un triunfo, el de la copa mundial de fútbol, y se continúa ahora en el campo de la industria pesada y el dominio de la energía nuclear.

Con la total falta de escrúpulos morales que caracteriza a las inversiones económicas destinadas a producir enormes ganancias, países como los Estados Unidos, Canadá, la Unión Soviética, Alemania Federal, Francia y Austria, entre otros, están concediendo enormes créditos y exportando complicadas tecnologías para la construcción de represas, plantas nucleares, fabricación de automóviles, sin hablar de la venta de materiales de guerra. Los informes y las conclusiones de las encuestas sobre la violación de los más elementales derechos humanos no modifican en nada esta afluencia destinada a convertir a Argentina en una de las grandes potencias industriales y nucleares del continente. Una realidad diferente y deformante toma cuerpo, se alza como un escenario montado rápidamente y que oculta la base sobre la cual se asenta, una base de sometimiento y miseria de las clases trabajadoras, una base de desprecio hacia toda libertad de pensamiento y expresión, una base cínica y pragmáti-

considerables y sus luces, que se ven desde muy lejos, son el símbolo orgulloso de quienes han alzado la nueva metrópolis. Es entonces cuando comienzan los síntomas de una extraña inquietud, las sospechas y los temores de quienes sienten que fuerzas extrañas los acosan y de alguna manera los denuncian y tratan de expulsarlos. Los más sensibles terminan por comprender que están viviendo sobre la muerte, y que los muertos saben volver a su manera y entrar en las casas, en los sueños, en la felicidad de los habitantes. Lo que parecía la realización de un ideal de nuestros tiempos, quiero decir un triunfo de la tecnología, de la vida moderna envuelta en el algodón de televisores, refrigeradores, cines y abundancia de dinero y autosatisfacción patriótica, despierta lentamente a la peor de las pesadillas, a la fría y viscosa presencia de repulsas invisibles, de una maldición que no se expresa con palabras pero que tiñe con su indecible horror todo lo que esos hombres levantaron sobre una necrópolis.

A esta altura de su proyecto, el escritor de que hablo comprendió que si escribía ese relato cometería un plagio, porque el relato ya estaba escrito en el libro de la historia, y la ciudad que él había creído imaginaria respondía al nombre de "modelo argentino". En vez de escribirlo prefirió hacer lo que está haciendo hoy aquí, describir ese modelo en sus grandes líneas, la metrópolis nuclear del futuro asentada sobre un cementerio donde miles y miles de mujeres y de hombres fueron sepultados junto con la dignidad y los derechos de todo un pueblo.

Quisiera terminar estas simples reflexiones subrayando algo que espero haya asomado en lo que llevo dicho. Pienso que ahora está claro que esa dialéctica inevitable que se da siempre entre realidad y literatura ha evolucionado profundamente en muchos de nuestros países por la fuerza de las circunstancias. Lo que empezó como una gran toma de conciencia sobre las raíces de nuestros pueblos, sobre la auténtica fisonomía de nuestros suelos y nuestras naturalezas, es hoy en muchos países latinoamericanos un choque abierto contra las fuerzas negativas que buscan precisamente falsear, ahogar y corromper nuestra manera de ser más auténtica. En todos los casos, positivos o negativos, de esa

relación entre realidad y literatura, de lo que se trata en el fondo es de llegar a la verdad por las vías de la imaginación, de la intuición, de esa capacidad de establecer relaciones mentales y sensibles que hacen surgir evidencias y las revelaciones que pasarán a formar parte de una novela o de un cuento o de un poema. Más que nunca el escritor y el lector saben que lo literario es un factor histórico, una fuerza social, y que la grande y hermosa paradoja está en que cuanto más literaria es la literatura, si puedo decirlo así, más histórica y más operante se vuelve. Por eso me alegro de que ustedes encuentren en nuestra literatura el suficiente interés y fascinación como para estudiarla, interrogarla y gozar de ella; creo que en eso está la prueba de que a pesar del amargo panorama que la rodea en muchas regiones de nuestro continente, esa literatura sigue siendo fiel a su destino, que es el de dar belleza, y a la vez a su deber, que es el de mostrar la verdad en esa belleza.

Homenaje a Jacob Saposnekow. City College de Nueva York, abril de 1980.